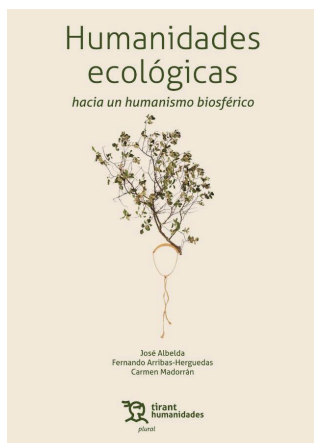


Humanidades ecológicas: hacia un humanismo biosférico

JOSÉ ALBELDA, FERNANDO ARRIBAS-HERGUEDAS
Y CARMEN MADORRÁN (EDS.)

*Ed. Tirant humanidades,
Valencia, 2023. 400 pp.*



Humanidades ecológicas: *hacia un humanismo biosférico* recoge aportaciones gestadas en el marco de trabajo de las Humanidades ecológicas, bajo el que se sitúa una red (RHECO) compuesta por una docena de grupos de investigación en España. Más directamente, es uno de los frutos del proyecto “Humanidades ecológicas y transiciones ecosociales. Propuestas éticas, estéticas y pedagógicas para el Antropoceno”, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación. Al comité editorial del proyecto –conformado por José Albelda, Adrián Almazán, Fernando Arribas-Herguedas, Carmen Madorrán y Jorge Riechmann– se le suman otra veintena de autores cuyas aportaciones acaban constituyendo

los veintitrés capítulos de este libro universitario (pero dirigido a un público más amplio que el académico), conformado por un total de cinco secciones: “Introducción”, “Humanidades ecológicas: cuestiones de fundamentación”, “Espiritualidad y ética”, “Las condiciones de una nueva cultura ecológica” y “Comunicar un nuevo paradigma”..

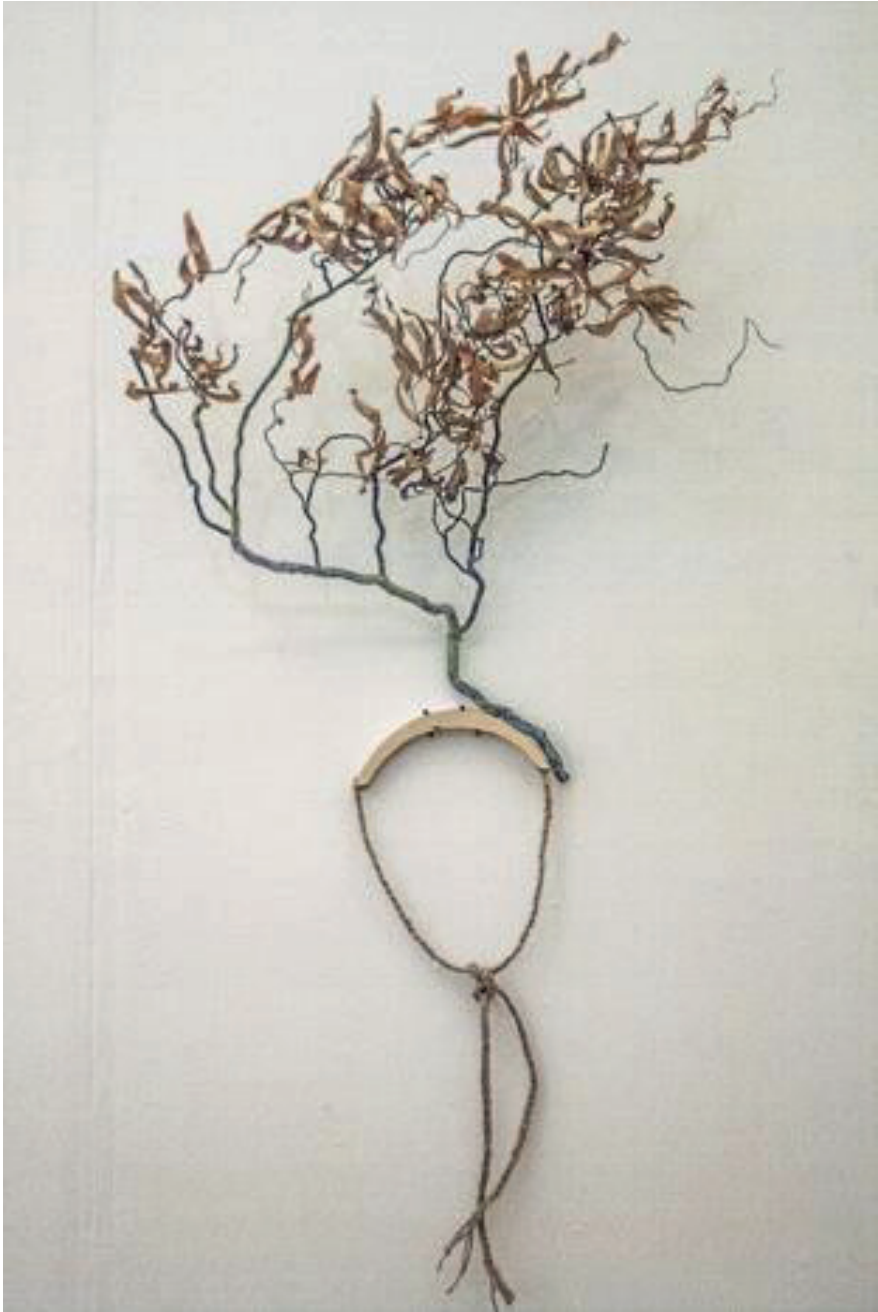
“En las páginas que siguen la lectora o lector podrá encontrar toda una serie de cartas topográficas para aproximaciones de precisión que nos pueden ayudar en ese aterrizaje civilizatorio de emergencia que nos toca afrontar en las próximas décadas” (p. 26), comienza diciendo Emilio Santiago Muíño en su capítulo introductorio, en el que expone una definición del marco de las Humanidades ecológicas y cómo éstas otorgan al libro un hilo conductor: la necesidad de nuevas líneas de trabajo que tengan como punto de partida la problemática de la crisis socioecológica o eco-social. La primera de estas líneas tiene que ver con cuestiones de fundamentación analítico-terminológica, empezando por el capítulo de Arribas-Herguedas, en el que el autor reflexiona en torno al concepto y la idea de naturaleza en el Antropoceno y, más aún, en el Capitaloceno, en el que más que nunca “es fundamental tener clara la

distinción entre nuestras concepciones de la naturaleza y la naturaleza misma, distinción que el construccionismo emborrona deliberadamente” (p. 48), abogando por la idea de

«naturaleza como biosfera» propuesta por Jorge Riechmann. El segundo de los capítulos que conforman esta sección, escrito por Antonio Campillo, parte de un análisis de las tres condiciones de posibilidad y los tres límites ineludibles de nuestra existencia como seres sociopolíticos (aparte de biológicos), el yo, el nosotros y el mundo, a partir de los que se derivan distintos universos simbólicos que caracterizan a las diversas sociedades:

y es que si antiguamente rigieron los universos mitológico y teológico, “la moderna sociedad capitalista ha construido un *universo tecnológico*” (p. 62) que debe ser sustituido por un nuevo universo simbólico –una Nueva Cultura de la Tierra– que revierta las pautas que el capitalismo ha llevado al extremo. Para ello, Ernest Garcia propone en el siguiente capítulo que los análisis sociológicos sistémicos se complementen con las investigaciones en Humanidades; mientras que Carlos de Castro Carranza desarrolla en el suyo la necesidad de una (nueva) teoría Gaia que la conciba como un ser vivo, como un individuo orgánico, y que por lo tanto se cambie la ontología del Antropoceno por una nueva que nos haga vernos como células de Gaia.

Ya en la tercera sección se introducen una serie de propuestas y análisis ético- espirituales que responden de manera directa a estas necesidades teóricas. En primer lugar, y en relación con la teoría Gaia, Jorge Riechmann aboga por una *simbioética* en el Siglo de la Gran Prueba, una ética biocéntrica que constituya “un “nosotros” que coincida con todos los habitantes del planeta Tierra, en comunidad simbiótica.” (p. 102). En relación con ello, Ginny Battson introduce en su capítulo las ideas fundamentales relacionadas con su propuesta de *fluminismo*, “una forma



poderosa de amor expresada como devoción dentro de los flujos multidireccionales y complejos de la naturaleza (aire, tierra y mar), muchos de los cuales, incluida la evolución de la célula misma, son alimentados por relaciones críticas e íntimas de naturaleza simbiótica y/o *simfísica*” (pp. 113-114). También en simbiosis con estos autores se encuentra Ricardo Rozzi, quien en su capítulo desarrolla su propuesta de una ética biocultural –conformada en torno al modelo de las 3Hs (hábitos, hábitats, cohabitantes)– que nos permita “reconocer y valorar la plétora de cosmovisiones y prácticas ecológicas cultivadas por diversas culturas en las heterogéneas regiones del planeta.” (pp. 142-143). Marina Garcés plantea entonces, en el capítulo siguiente, la necesidad de liberar a la imaginación de su captura bajo el paradigma apocalíptico de lo ilimitado, y de elaborar, con herramientas actuales, la posibilidad de una imaginación crítica como potencia de lo extraño; lo cual guarda relación con la propuesta de Josep Maria Mallarach de destacar “la importancia que la espiritualidad tiene en el cultivo de la *esperanza activa*.” (p. 162), y con la de Antonio Casado da Rocha, quien plantea, a partir de los escritos de Thoreau, la idea de la imaginación como fármaco para la ecoansiedad. En definitiva, esta sección hace énfasis, al igual que Yayo Herrero en su capítulo, en la necesidad espiritual de poner la vida en el centro y de “pasar de la fantasía individual a una imaginación ecofeminista, justa, decolonial y antiespecista” (p. 187), a un marco de complementariedad entre las éticas ecológica y animal desarrollado por Marta Tafalla en el capítulo posterior.

Seguidamente, la relación de las Humanidades ecológicas con las ciencias naturales y sociales se hace evidente en la cuarta sección, dedicada a pensar las condiciones y dimensiones socioeconómicas y culturales de una nueva cultura ecológica. El aspecto económico es abordado en los dos primeros capítulos: en el primero, Jaime Nieto y Óscar Carpintero establecen los fundamentos de una Economía ecológica, esto es, una economía adaptada a la biosfera que desarrolla estrategias de post-crecimiento conscientes de sus leyes y límites fundamentales; en el segundo, Santiago Álvarez Cantalapiedra despliega un análisis del sistema capitalista y de las fracturas –metabólica y social– que han generado la crisis ecosocial, y de cómo los objetivos e instrumentos realistas de la economía autocontenida responden precisamente a la necesidad de superar esta doble ruptura. Ya en el siguiente capítulo, Ferran Puig Vilar propone la acción intersticial basada en la Teoría Gaia Orgánica de Carlos de Castro como la acción realista ante la crisis de sentido que vivimos hoy en día. Todo un marco éste, de crisis de sentido y ecosocial, que exige, por un lado, el desarrollo de técnicas humildes gaianas y democráticas (tal y como desarrolla en su capítulo Adrián Almazán); y, por otro, como expone Carmen Madorrán Ayerra en su capítulo, que la “generación de los cristales rotos” se comprometa con las posibilidades de vida buena de las siguientes generaciones, para lo cual propone la justicia inter-

generacional y el ecofeminismo como los *ejercicios de estiramiento moral* necesarios para el advenimiento de una nueva cultura de la suficiencia. Y precisamente en el ámbito de la cultura finaliza esta sección con la propuesta –por parte de Fernando Cembranos, Marta Pascual y Charo Morán (del Área de educación de Ecologistas en Acción)– de una *Nueva Cultura de la Tierra*, que queda resumida en siete ideas o ejes vertebradores: 1) decrecer en la esfera material y energética,

2) construir en común, 3) mantener la biodiversidad, 4) vivir del sol actual, 5) cerrar los ciclos de materiales, 6) poner la vida en el centro y, como séptima idea abierta, 7) escribe tú misma/o (la lectora, el lector) sobre la Tierra.

Todas estas visiones transdisciplinares culminan, en el libro, en los cuatro capítulos que conforman la quinta y última sección, dedicada a pensar las dimensiones educativas y estéticas de la crisis ecosocial sin perder de vista cómo comunicar este nuevo paradigma construido en los capítulos anteriores. El primero de ellos, escrito por Luis González Reyes, aborda la definición de una educación de enfoque ecosocial, desde los aprendizajes que se adquieren con la misma hasta los principios metodológicos y las formas de evaluación que permiten su inclusión en las aulas. El segundo, cuya autora es Nuria Sánchez León, analiza de manera crítica las carencias hasta el momento presentes en la educación ambiental (o, mejor aún, ecosocial) de los propios educadores, y cómo éstas pueden ser superadas trabajando sobre distintas ideas clave y objetivos en el grado de Educación. Finalmente, los dos últimos capítulos del libro abordan la cuestión estética: por un lado, José María Parreño nos acerca a “una estética y una práctica artística [en concreto, decrecentistas] que, por así decirlo, salten encima del escenario actual y nos preparen para un futuro más o menos cercano” (p. 360); por otro, José Albelda y Lorena Rodríguez señalan en su capítulo la importancia que tienen en este contexto de crisis ecosocial y transición ecológica “los audiovisuales difundidos en internet de forma libre y gratuita que denuncian la situación y proponen formas de transición a la sostenibilidad” (p. 382).

Con una gran cantidad de años de investigación como trasfondo y con el apoyo de numerosas fuentes bibliográficas, *Humanidades ecológicas: hacia un humanismo biosférico* supone un hito fundamental en el establecimiento, en España, de las Humanidades ecológicas. Mediante una bien trabada serie de capítulos redactados por expertos en la cuestión, el libro responde a una necesidad creciente de pensar, de manera transdisciplinar y en diálogo constante con las ciencias naturales y sociales, las numerosas dimensiones – filosóficas, éticas, estéticas, económicas, sociales y culturales– de la crisis ecosocial. Si algo tienen en común todos y cada uno de los textos es su relación directa con la cuestión de los procesos de transición hacia formas de organización verdaderamente sustentables, que pasan por concebir una humanidad justa integrada en una biosfera próspera.

Diego Trombetta Eizaguirre y Adrián Alonso Ortiz

